

se cifran en el uso combinado del Avemaría. De éstas ya nos hemos ocupado detenidamente en la revista «Jesús-María», de Barcelona (3); mas, como no todas están dedicadas por sus creadores —grandes Santos o religiosos venerables— a venerar este sublime Misterio, citemos únicamente, por lo representativa y cultivada, la de las Tres Avemarías, fomentada por los franciscanos desde finales del siglo XIII, y que se proyecta de un modo especial en la llamada Novena, eficaz de las Tres Avemarías, solemnemente celebrada en su propio altar de la magnífica capilla sevillana de San José, regida por los fervorosos Padres Capuchinos (4).

## 2.º Prácticas piadosas:

a) *Las coronillas.*—Las coronas o Rosarios parece que constituyen algo así como la prehistoria de las prácticas religiosas. Y, lógicamente, la facilidad de su uso y el deseo primitivo de agradar a Dios con reiteradas preces y ruegos afianza esta suposición de los especialistas.

Muchas son las coronas —excluyendo ahora las del Señor y los Santos— que en la historia dorada de las devociones brotaron en honra de las maravillosas excelencias de la Madre del Salvador. Sin embargo, las que directamente van a honrar la Concepción Inmaculada de María son dos, que sepamos: la llamada de las Doce Estrellas y la de San Andrés Avelino, que, aunque exalta todos los privilegios de la Virgen esta última, tiene un marcado carácter concepcionista muy parecido al de la anterior.

He aquí unas sencillas y antiguas devociones cuya historia parece complicada. Nunca mejor que en esta ocasión explorarlas y tratar de disipar las nebulosas, ya que con ello no merma la devoción a la Virgen que su rezo pregona. El proceso de aclaración de

sus orígenes y paternidad podemos plantearlo tal y como ha sido seguido por nuestro interés ante los libros que han llegado a nuestras manos.

Sabíamos de la existencia de la Corona de las Doce Estrellas, edificante y tierna devoción en honor del culto immaculado. Sabíamos, aunque no muy bien, que estaba relacionada con los franciscanos. Pero en el libro «Colección de Oraciones y Obras Píadas por las cuales han concedido los Sumos Pontífices santas indulgencias, etcétera», traducido del italiano con edición en Barcelona, en 1860, en su página 231 aparece una Corona de Doce Estrellas con la misma fórmula de rezos, atribuida a San José de Calasanz con tales demostraciones en la declaración de las indulgencias que se le concedieron por Gregorio XVI, que nadie tiene fuerzas para dudar de este fundamentado origen, máxime si se lee y relea que el rescripto de estas gracias «se conserva en Roma en el archivo de los Padres de las Escuelas Pías de San Pantaleón», casa matriz de la ilustre Orden de los Escolapios, y que el Santo fundador de dichas Escuelas era «quien la mandaba rezar siempre a sus estudiantes». Vencidos por la claridad del argumento, se piensa en otra posible corona, si no queremos desairar a los Franciscanos, que fallarán en esta contrariedad como vemos en el Devocionario «Vamos tras El...», del P. Juan R. de Legísima, Barcelona, edición 1951, en cuya página 259 se dice de este ejercicio mariano: «Esta es una de las devociones más agradables a la Virgen Santísima. San José de Calasanz, Terciario Franciscano, decía que nunca había pedido gracia alguna por medio de esta devoción que no la hubiese alcanzado. En 1845, el franciscano P. Buena-ventura de Ferrara la reformó y divulgó, y el Terciario Franciscano Pío IX le concedió